

verdadero sol de justicia, el Espíritu Santo, como ve al alma que se va a él y se sujeta, luego la visita, y la enseña, y se le da a conocer, y la enciende en su amor, ilustrando su entendimiento en el conocimiento de este Señor; y como amigos, se tratan con gran suavidad, y amor, y familiaridad y dulzura. Allí la mueve y inspira a que la pida mercedes, para concedérselas, como aquel que tanto la ama; allí crece el alma tanto en el amor de Dios, que toda ella está inflamada y abrasada en su amor.

Y es de tan gran virtud el Espíritu Santo (porque es amor), y ama tanto al alma, que la hiere su corazón de amor, para que se semeje a él, que es amor: por do viene a estimar en tanto a este Señor, que causa en el alma un gran menosprecio de sí misma y de todas las cosas terrenales y carnales; y estando toda cebada en este divino amor, todo su gusto es el contentarle y servirle muy de veras, dando de mano a todas las cosas de esta vida por su amor: por donde viene a desnudarse toda de toda afición terrenal y carnal, para disponer el corazón para aposentar en él a este Señor: por donde viene el alma a ser muy agradable a Dios, y alcanzar de él grande gracia; de manera que viene a tanto, que todo su gusto es Dios, y todo su regalo, y alegría, y consuelo, y contento; de manera que de sí misma se olvida por andar siempre tan acordada de Dios, mirándose en él como en su espejo, para en todo hacer su voluntad. Allí se abren sus entrañas de amor; allí en espíritu le recibe a menudo dentro de su corazón, y siempre se va disponiendo más y más para que el Espíritu Santo se le comunique, y él la haga nuevas mercedes, y ella con su gracia le sirva con más perfección.

De aquí le viene el alcanzar otra nueva gracia y disposición: y es, que se dispone con estos favores del Espíritu Santo para vencerse el alma a sí misma con la mortificación, peleando contra todos sus vicios y pasiones, y malas inclinaciones, y aficiones desordenadas, y para vencer a demonio, mundo, y carne, y para alcanzar la santidad y cumbre de la perfección,

tomando lo dulce por amargo y lo amargo por dulce por amor de Dios, para imitar a Cristo Nuestro Señor. Tanto cuanto más el alma ora humildemente y se mortifica, tanto más se dispone para que venga sobre ella el Espíritu Santo, vaciándose de sí misma, y tanto más gracia la comunica; porque por este camino quita ella los impedimentos, y así participa de sus tesoros, como el mundo del sol, de que sale; y cuando hay algo que impida al sol, no se comunica tanto al mundo; como es con los nublados, que le impiden sus rayos al mundo, y le alegra, y consuela a todas las criaturas. Pues si este sol material, si le quitan los impedimentos, obra maravillas en el mundo, ¿qué hará el Espíritu Santo, que le crió, en las almas que le quitan el impedimento para que vengan a ellas, amándolas, como las ama, con amor infinito?

Los impedimentos que le impiden su venida son la soberbia, *Deus superbis resistit* ¹, y el amor propio, y los pecados, y los vicios y pasiones, y el amor desordenado de las criaturas: y luego quitados los impedimentos, a banderas desplegadas viene sobre ella el Espíritu Santo, y el se da todo a ella, y ella a él de amor, *Ego dilecto meo, et dilectus meus mihi*, hinchíendola de dones porque se venció y alcanzó victoria de sí. Entonces la llamará aprisa, diciéndola: *Veni de Libano, sponsa mea, veni de Libano; veni, coronaberis* ². *Veni*, porque venciste al demonio; *Veni*, porque venciste al mundo; *Veni*, porque venciste a tu carne. *Coronaberis*.

1 Prov. III, 34.

2 Cant. IV, 8.

IV

EJERCICIO DE ÁNGELES A LOS CUALES HAN DE IMITAR EN LA TIERRA A LOS HOMBRES QUE DESEAN SER MUY DEVOTOS DE LA MADRE DE DIOS

Pues el alma que desea ser muy devota de la Madre de Dios debe de considerar sus grandezas, valor, precio y estima, y dignidad de esta gran Señora para más encenderse en su amor e imitación de esta manera: y es que el alma levantando sus ojos espirituales a esos cielos en donde habita el Señor de las virtudes descubriéndose a los bienaventurados cara a cara, considere cómo la Virgen María Madre de Dios está allá en el más alto lugar de gloria después de su bendito Hijo; y mirándola con los ojos del alma, verá cómo esta Señora es Hija del Eterno Padre, a la cual él ama mucho, y por vía de fe viva conocerá también cómo esta Señora es Madre de Dios y Esposa del Espíritu Santo; considerando cómo todas las tres personas la están hermoseando, envistiéndola cada una de sí mismo: y así está vestida y ataviada de toda la Beatísima Trinidad, y hermoseada a manera que el sol hermosea una nube de que la enviste todo de sí mismo: y considerádola tan hermosa, llena de Dios, estése aquí con el corazón actuándole al amor de tan gran Señora.

Considere a esta Señora Madre de Dios cómo allá en esos cielos es Emperadora de los cielos, y que es también Reina del mundo, y Señora y Princesa de todas las criaturas, y estése aquí un rato, actuando sin más discurso el corazón al amor de tan gran Señora. Considérela allá en la gloria más gloriosa que todos los patriarcas y profetas, más gloriosa y bienaventurada que

todos los apóstoles y evangelistas; más que todos los mártires, vírgenes y confesores; más gloriosa y bienaventurada que todos los ángeles y arcángeles, tronos y dominaciones, potestades, querubines y serafines; de condición que se ha de considerar que tiene más gloria y bienaventuranza ella sola, después de su Hijo bendito, que todos los cortesanos del cielo, y más perfecciones que todos ellos.

Hase de estar el alma con el corazón alegrándose y amando a tan gran Señora, en quien habita tanta gloria y con un gozo grande alegrarse de que sea tan gran Señora Madre de Dios y llena de gracia y bienaventuranza. Hase de considerar la gran dignidad de esta humildísima Señora, como es ser tan gran Señora, que todos los cortesanos del cielo juntos como a Madre de su Dios la están alabando, adorando, y amando, y reconociendo por su Señora, Reina de los cielos y de la tierra, Señora y Princesa de todas las criaturas, y gustando de estos pararse a amar a tan gran Señora con los actos interiores del corazón.

Hase de considerar el inmenso amor con que la ama el Padre Eterno como a su muy amada hija y tal hija, que porque no halló quien la excediese en humildad ni en otro dón, la hizo hija suya: y así como a tal la viste y atavía de sí mismo, y hermosea de su perfecciones.

Hase de considerar el infinito amor con que la ama y levanta en los cielos, poniéndola a su diestra, y honrándola con grande honra como a Madre suya el Hijo de Dios. Háse de considerar el infinito amor con que la ama como a esposa suya el Espíritu Santo; y estarse con el corazón amando a esta Señora, que toda la Beatísima Trinidad ama con amor infinito, como a hija, madre, y esposa suya, a la cual Señora han vestido y ataviado y hermoseado de sus perfecciones; y como es tan querida de toda la Beatísima Trinidad, gusta sumamente que todos los del cielo y de la tierra se ejerciten en amarla, como ellos la aman, y que la reverencien y adoren como a su Señora.

Ha de considerar el alma la hermosura grande de esta tan gran Señora, Reina de los ángeles, la cual es tan grande que excede a la de todos los ángeles y bienaventurados del cielo, después de su Hijo: y si un ángel tiene más hermosura que todas las criaturas juntas de la tierra; ¿qué será la hermosura de tantos y tan hermosos ángeles? Pues a todos juntos excede la hermosura de esta Señora. Mas ¿qué maravilla, pues está investida de toda la Beatísima Trinidad, y ataviada de ella, estando Dios en ella y ella en su Dios, y vestida de su hermosura? Háse de parar aquí el alma y con el corazón actuar la voluntad al amor de tan gran hermosura y de tan gran Señora.

Ha de considerar el alma cómo esta Señora y Madre de Dios nos ama con un amor tan grande, cual no se ha visto otro semejante, después del de su Hijo; y que nos quiere por hijo, y que ella es Madre nuestra, para que como a tal nos ocupemos en amarla, y en servirla y reverenciarla, imitandola en el amor, y en la vida santísima, y que como a madre nuestra y Señora nuestra que tanto nos ama, acudamos a ella siempre en todos nuestros trabajos y necesidades; porque ella gusta de ello para remediarnos, mostrándose ser nuestra madre; y porque ella, como Madre de Dios, alcanza de su Hijo todo lo que le pide; y porque ella, como tal madre, es repartidora de los tesoros de su Hijo; y ella tiene la llave de estos tesoros. Pues ¿qué tan gran parte derá de ellos a sus devotos? Por cierto grande parte en la vida y en la muerte, mostrándoseles muy favorable. Ocupemos, pues, todo nuestro corazón, alma y fuerzas en amar a tal madre y Señora.

Ha de considerar el alma las inmensas riquezas y tesoros de esta Señora, pues ella sola tiene para favorecernos más tesoros y riquezas que todos los cortesanos y ángeles del cielo, para podernos enriquecer en su momento.

Hemos de considerar a esta Señora cómo tan tiernamente está siempre ocupada en rogar por nosotros a su Hijo bendito que

nos perdone nuestro pecados, y nos dé su gracia para servirle, con el grande deseo que tiene, como verdadera madre, que todos se salven.

Hase de considerar de cuán gran precio y valor es esta Señora, y cuán digna de ser amada, estimada y reverenciada, y que se tenga a ella gran devoción y amor, pues es Madre de Dios, Emperadora de los cielos y de los ángeles, Reina del mundo, Señora y Princesa de todas las criaturas; en la cual habita una como infinita hermosura, resplandor y gloria; la cual alcanza de su bendito Hijo todo lo que quiere, como Madre que él tanto ama; para que con gran seguridad vamos y nos acojamos a ella, como a refugio y amparo nuestro, para que nos favorezca en nuestros trabajos; la cual nos alcanzará, si la somos devotos, mucha gracia y en el cielo mucha gloria; porque a la medida de la devoción que tenemos a esta Señora, nos hace el Señor las mercedes, según es lo mucho que le agradan la almas que le son muy devotas.

Debemos, pues, acordarnos siempre (*Voca Mariam*) de esta tan gran Señora, estimando en muy mucho en nuestros corazones la merced tan grande que Dios nos ha hecho en haberla hecho Madre suya, Madre de Dios; dando gracias a Dios por esta merced tan grande que nos ha hecho en que nuestra Señora la Virgen María sea Madre suya, estándonos en su presencia, de que ella sea Madre de Dios, tan llena de gracia y de perfecciones, resplandor y hermosura: porque este gozarnos de este su tan gran bien que Dios la hizo en hacerla Madre suya, es uno de los más altos servicios que a Dios y a esta Señora hace el alma, teniendo esta merced por propia, haciendo cuenta el alma que esta merced que Dios la ha hecho, se la ha hecho al alma misma, que sale del grande amor que el alma tiene a esta Señora; y así conviene mucho que ejercite mucho el corazón y voluntad en alegrarse sumamente en que Dios sea Dios, y tan gran Señor, lleno de infinitas perfecciones

y gloria, Criador, Salvador y Glorificador nuestro y de que la Virgen María sea Madre de este tan gran Señor y Dios nuestro.

V

DEL GRAN CONOCIMIENTO QUE LOS ANGELES TIENEN DE DIOS Y DE SI MISMOS

Los ángeles del cielo, como están en Dios, y Dios en ellos dándoles el ser que tienen, (porque sin él no le podrían tener) ven en Dios, viéndole cara a cara, revelándosele él, cómo él está en ellos dándoles el ser que tienen, y conservándosele, y todas las demás cosas que él les comunica: y con esta clara vista y conocimiento que tienen, ven en Dios cómo sin él son nada: por lo cual no se pueden elevar en ninguna manera: y ven en él clara y abiertamente que si él alcanzase de ellos la mano de su gobernación, que luego dejarían de ser, y de tener todos los bienes que tienen, que él les está dando y comunicando con su grande liberalidad y largueza.

Y así están tan lejos de elevarse, como si no tuviesen ser; estando sujetísimos a su Dios, y siéndole muy agradecidos que sin haberlo ellos merecido por servicios que hubiesen ellos hecho a su Dios, antes que les hubieran dado el ser que tienen, ha usado con ellos de tanta largueza. Y ven cómo ellos, en cuanto es de su parte, verdaderamente son nada, pues no se hicieron ellos; y así no tienen de sí nada, por ser todo lo que tienen dado y conservado de Dios, al cual están siempre (como agradecidos) alabando, y amando, y adorando, como a su Dios, del cual han recibido todos los bienes que tienen, y se los conserva; y si alzase su mano de ellos, ellos y lo que tienen de

Dios dejaría de ser, y así están con grande y como infinita reverencia delante de su Dios, del cual ven claramente estarlos siempre conservando en lo que les ha dado y en el ser que tienen.

Tienen los ángeles conocimiento de sí mismos en general y en particular, y cómo se ha Dios con ellos dándosele: el cual particular es de grande fruto para el hombre, por ver las cosas cómo pasan, y cómo se ha Dios con los ángeles dándoles que conozcan cómo se comunica Dios a ellos, y les da el ser que tienen y lo que tienen actualmente a ellos y a las almas santas; lo cual, el general, no es sino una inteligencia que les da Dios de esto en general; y lo otro es en particular de cada cosa por sí, para mayor conocimiento de sí, para su humildad. Y es como el sol, que de que se comunica al mundo, le da su luz, y él la goza, y ve lo que pasa y hay en el mundo; pero de que se esconde y se pone, no tiene esta luz, y así no ve las cosas con claridad, hasta que torne, y él con su luz lo vea: así cuando Dios (que es luz divina) viene al alma, la da esta luz particular, para que se conozca y vea de verdad; pero de que se esconde, falta esta luz, y así le falta este conocimiento verdadero de sí particular. En general bien conoce y cree que Dios es el que es, y ella la que no es; pero él cómo no lo atina sin esta luz particular, que con ella ve cómo Dios es *causa causarum*, y da ser al alma y a todas las cosas que le tienen.

También hay conocimiento de Dios en general, y otro más alto, que es en particular. En general se viene a conocer Dios, por la consideración de todo lo que ha criado y conserva en el mundo y en los cielos con su omnipotencia y sabiduría, siendo de infinito ser: el cual da el ser a las cosas que le tienen; y sus riquezas son infinitas, por ser Señor universal de todo, y lo rige y gobierna todo lo criado hasta una hormiguita. Esto es *ad extra*, viniendo al conocimiento de Dios por las criaturas, porque por aquí se viene al conocimiento de Dios, conociendo ser señor, autor, y gobernador, de todo lo criado.

Otro conocimiento de Dios hay más alto, con el cual el alma viene a conocer a su Dios con más luz, que se llamará conocimiento de Dios *ad intus*: y es, que el alma, ilustrada por su Dios, conoce a su Dios no ya por discursos, porque ya han pasado, sino por otro modo más alto: y es que el mismo Dios mete al alma en el conocimiento de sí mismo por vía de amor afectivo: el cual amor de Dios como es fuego de amor y sale de Dios, porque *Deus charitas est* ¹, alumbra y da luz grande al alma para que conozca con alto conocimiento a su Dios, que presente tiene, en alguna manera como los ángeles del cielo, sintiendo, y conociendo en sí a su Dios, y en toda cosa criada; porque así como los ángeles del cielo y bienaventurados, estando contemplando a su Dios y gozando de su divina presencia y esencia con la luz tan grande que allí tienen de su Dios, las descubre Dios su altísima bondad y perfecciones infinita, con la cual vista son ellos bienaventurados; así, pues, cuando el alma enamorada de Dios, sin discurrir alguno se halla (imitando a los ángeles) con su Dios, con alto conocimiento y amor, que parece que en alguna manera se le quiere descubrir al alma, como a los ángeles; allí conoce en su modo sin discurso, por comunicárselo Dios, la bondad, la majestad, la sabiduría y el ser infinito de su divina Majestad, en esta contemplación, estando los dos a solas en silencio y soledad, y todo lo demás que él es servido.

1 1 Joan. IV, 8.

VI

TRATADITO PARA LOS SACERDOTES QUE DICEN MISA

El modo que he de tener para regirme y servir a Dios y para bien vivir y bien morir.

Primeramente, luego por la mañana en despertando decir: *Deus, in adjutorium meum intende. Domine, ad adjuvandum me festina*, con el *Gloria Patri*. Luego decir el *Te Deum laudamus*.

Luego a la Santísima Trinidad lo que se sigue: Oh Padre todopoderoso, por la grandeza de tu infinito poder te suplico que asientes y confirmes mi memoria en tí, y la hinchas de santos y devotos pensamientos. Oh Hijo Santísimo, por la eterna sabiduría tuya te suplico que clarifiques mi entendimiento en el conocimiento de quien tú eres, y de tu infinita bondad, y de mi extrema vileza y bajeza. Y al Espíritu Santo decir: Oh Espíritu Santo, amor del Padre y del Hijo, por tu incomprensible bondad te suplico hieras mi corazón y voluntad con un tan grande fuego de amor y tan fuerte, que ningunas aguas de tribulaciones le pueden apagar.

Luego también levantando el corazón a Dios, dirá cinco *Pater noster* y cinco *Avemarías* a las cinco llagas de Nuestro Señor Jesucristo y trabajos que por mí pecador sufrió, suplicándole por todos sus dolores y trabajos tenga por bien de darme gracia para imitarle, y para que siempre esté y acabe en su santo servicio.

Luego decir las letanías de la Madre de Dios, suplicándola que ruegue a su bendito Hijo me conceda todo lo dicho, y que todo vaya encaminado a gloria suya, y que me haga muy devoto de los dos.

Luego dirá un *Pater noster* y una *Avemaría* al Santo de su nombre, ofreciéndoselo de la misma manera.

Luego procurará de aparejarse, de vivir puro y limpio de pecados como ángel del cielo, para celebrar misa, y para recibir a la Majestad de Dios, Cristo Nuestro Señor, en su alma, viviendo tan puro y limpio, como querría haber vivido hallándose en el juicio de Dios salido de este mundo; mirando con perpetuo exámen todas sus cosas, pensamientos, palabras, y obras, si van de esta manera: y puesto en el juicio de Dios mire allí lo que quiere hacer, o hablar, o pensar, y mire allí cómo lo querría hacer y haber hecho, para contentar aquel Señor que presente tiene; y así lo haga con perpetuo exámen: para lo cual ayuda mucho persuadirse luego por la mañana, que este día será postrero de su vida.

VII

JUEGOS DE DIOS CON EL ALMA

Parece que anda Dios en este mundo jugando con sus criaturas con el grande amor con que las ama: *Ludens in orbe terrarum* ¹ Con unas juega este Señor regalándolas en este mundo, dándolas muchos regalos mundanos, como son hacienda mucha, y ser muy honrados y estimados, levantándolos a grande honra y dignidad, dándolos salud corporal, *ludens in orbe terrarum*; regalándolos con tanta diversidad de frutas a sus tiempos, y todo lo mejores para ellos; con tanta diversidad de olores, flores, rosas y yerbas olorosas, y ellos que se entregan en estos regalos,

¹ Prov. VIII, 31.

y también comiendo espléndidamente y vistiendo, *ludens in orbe terrarum*; dándolos tanta diversidad de animales gustosos y sabrosos, para que se regalen con ellos *ludens in orbe terrarum*; dándolos tanta diversidad de aves que coman, de diversos gustos y sabores, *ludens in orbe terrarum*; dándolos el viento con que se refresquen, y el fuego y leña con que a sus tiempos se calienten, porque no les falte cosa *ludens in orbe terrarum*; dándoles instrumentos de músicas suaves, con que se alegren, y que hasta los pájaros los recreen con sus dulces cantos.

Estos son los que llama el mundo bienaventurados, no lo siendo, sino malaventurados. *Vae vobis divitibus, qui habetis consolationes vestras* ¹! Por esto los regala Dios acá tanto, porque sabe él que no le han de servir a él, sino a su carne, y que se han de condenar por su culpa: y como han hecho algunos bienes, los cuales no merecen gloria, págaselos acá con esto, y después allá en el juicio les dice Dios: *Ite, maledicti*, porque habéis recibido vuestra paga. *Receperunt mercedem suam* ².

Estos tales se pueden comparar al grano de trigo que no muere; y como no muere, está entero y no da fruto. Así estos tales, como están enteros en sus vicios, no dan frutos de virtudes ni de vida eterna, porque no mueren a ellos mortificándose, sino regalándose. *Qui amat animam suam, perdet eam* ³.

Tiene Dios otras almas que dan gan fruto, y de estas y de las terceras, que se dirá, se puede decir: *Qui perdiderit animam suam in hoc mundo, in vitam aeternam custodit eam*. Y este segundo modo de jugar de Dios con las almas es cuando el alma se convierte a su Dios, y es principiante y niña en el servir a Dios, y como nueva en este camino, en este camino, se halla algo embarazada con este juego que Dios, con su grande providencia y amor con que la ama, juega con ella; hallándose -

¹ Luc. VI, 24.

² Matth. VI, 2.

³ Joan. XII, 25.

muy llorosa y triste en los acaecimientos nuevos y adversos que le vienen de la mano de este Señor.

Y es de esta manera, que se ha Dios con ella ni más ni menos que se ha una tierna madre con un su hijito de teta que le ama, como a su vida; y es que juega con él teniéndole en sus brazos; y el juego es que le da unos bofetoncitos, y el niño luego hace pucheritos y llora, y la madre gusta mucho de vérselos hacer en gran manera, y así juega con él y luego para acallarle le abraza y besa, y le da su pecho, y le llega a su rostro, y con estas caricias calle. Y es tan grande este gusto que halla en jugar con él, que le usa otra y otra vez, y el niño luego torna a hacer sus pucheritos y lloros, y la madre ríe mucho con él del gran gusto que toma en vérselos hacer, salido todo del grande amor con que le ama, como a hijo salido de sus entrañas.

Pues en su manera podemos decir que Dios nuestros Señor juega con las almas sus devotas y que desean agradarle, las cuales tocadas de su divino amor se han determinado de dar de mano a todas las cosas de esta vida, y darse del todo a su servicio. Y es que a los principios las visita este Señor mucho de diversas maneras; porque por ventura si luego las llevase por rigor y trabajos, por su poca virtud que a los principios tienen, volverían atrás: y por eso juega con ellas consolándolas mucho, y después que le han gustado cuán bueno y sabroso es su Dios, y las tiene presas de su amor, juega con ellas juego de niños; y es que las visita con algunos pequeños trabajos, y ellas, como nuevas en el padecer, siénteno mucho y entristécense y lloran amargamente, temiendo no las haya Dios desamparado y dejado; no sabiendo bien el lenguaje y condición de Dios, que poco a poco visita las almas con algunos trabajos, para que con ellos empiecen algo a ejercitarse en la virtud. Pero como el Señor las ve tan tiernas en ella, acude luego, desde los bofetoncitos de niño y que hacían con ellos pucheritos, acude como la madre a su hijo, con regalos tantos y tan grandes, como conviene a la tal alma.

Gusta Dios mucho de verla llorar, y de verla atribulada, y que acude a él; y él, como buena madre que tanto ama a su hijo, toma el alma en sus brazos, y la abraza y consuela altamente, y la habla dulce y familiarmente, comunicándola su dulcísimo amor, dándola de la leche dulcísima de su gran suavidad y consuelo: y las cosas altísimas de amor que entre los dos pasan, no hay lengua humana que lo sepa bien declarar. Porque allí el alma se halla en el regazo de Dios, que juega dulcemente con ella, unas veces hablándola con palabras de amor más dulces que la miel en su modo, como la madre habla con su niño; otras veces, al mismo modo de la madre, besándola; otras abrazándola, todo en puro espíritu.

Diré como tiene Dios al alma en su regazo, como la madre a su hijo. Digo que el regazo de Dios es el infinito ser increado de Dios, y él en sí mismo se acomoda con el alma de tal manera, que le parece que la tiene como en regazo, y allí juega con ella, como la madre con su niño. El cómo se podrá dar bien a entender este regazo de Dios, el mismo Dios lo dé a entender y probar a quien no lo sabe ni ha probado, y verá la bondad de este gran Señor, que se precia de tratar con las almas, y regalarlas, y darlas a entender y saber lo que no entendían ni sabían.

Y de este juego tan divino sale el alma tan enamorada de su Dios y tan animosa para su servicio, que no bastarán para apartarla de su Dios todas las criaturas del infierno ni de la tierra. Lo cual la dió Dios en este juego, para que con gran perfección le sirviese, padeciendo mil muertes por su amor antes que ofenderle con un pecado venial conocidamente: y así sale de allí tan animosa, que por la gloria y honra de su Dios peleará contra todo el infierno. Y de aquí pasa al tercer grado del tercer juego, con el cual y en el cual da Dios al alma grandes ejercicios y ocasiones para alcanzar la perfección, aunque con más trabajo que en el pasado.

La tercera manera de jugar que Dios tiene con las almas santas,

es la que sigue: *ludens in orbe terrarum*. Estas almas, como han ya pasado por lo dicho, y han salido de pañales, el juego que Dios tiene con ellas es de más importancia, y así salen de él muy ricas y muy imitadoras del Hijo de Dios, no regalado en el mundo, sino crucificado en él. *Deliciae meae esse cum filiis hominum* ¹. Y ¿qué regalos son esos, con que la regaláis en este juego, Dios mío? Dirá el Señor, que son duros trabajos: porque verdaderamente por regalos grandes de Dios los ha de tener el alma, como lo son; pues por aquí viene con tan buen ejercicio a alcanzar gran perfección y santidad en la tierra, y grandes y muchos grados de gloria en el cielo, si por amor del Señor se vence y lo abraza: y así es juego regalado, precioso y de grande valor y estima.

Y el juego es de esa manera, que juega Dios con el alma su regalada y querida, y el alma con su Dios, al cual ama con amor verdadero y juega con él a la ganapierte. Y es que perdiendo en esta vida, según el uso del mundo, gana ella; y es que permitiendo Dios que sea maltratada, perdiendo, gana callando y sufriendo el maltratamiento, no se vengando, como se venga el mundo.

Pasa adelante el juego, y es que el alma va siempre perdiendo su derecho, según su carne y el mundo la enseña; y así perdiendo, gana, porque si ganase según el mundo y la carne la enseña, quedaría perdida. ¡Oh juego enseñado por Dios al alma, cuan digno sois de ser ejercitado! Enviáis, Dios mío, al alma, jugando con ella, muchos trabajos y persecuciones, y ella todos los recibe de buena gana de vuestra mano por amor de Vos; perdiendo los regalos que sin estos trabajos podía tener, gana la pena que sufre por amor de Dios, y el premio grande de ellos. Pasa adelante el juego, y perdiendo, gana el alma: y es que si dicen mal de ella y la menosprecian, y ella todos los menospre-

1Prov. XX, 31

cios y deshonras los sufre, callando, por Dios, perdiendo su libertad de volver por si vengándose; pierde la carne, porque no la dejan vengarse, y gana el espíritu una gran corona de gloria y la virtud de la paciencia. ¡Oh dulce Jesús y amores de mi alma! ¿cómo venisteis Vos a enseñarnos este juego del cielo, pues venisteis Vos a enseñarnos este juego del cielo, pues venisteris a amar lo que el mundo tanto aborrece, que son trabajos, (porque no los puede ver), pobreza, dolores, tormentos, persecuciones, deshonras y menosprecios y falsos testimonios? Estas cosas venisteis a amar y abrazar, Dios mio, y a enseñarnos el camino del cielo. Venisteis también a aborrecer lo que el mundo tanto ama, que son las honras mundanas, riquezas, deleites, dignidades, placeres y contentamientos, escogiendo la cruz de los trabajos. Y de lo que Vos, Dios mio, escogisteis para Vis, de eso dais a vuestros escogidos, permitiendo que sean afligidos con grandes trabajos y tentaciones; pero peleando contra todos no condescendiendo con la carne, ganan en este juego grandes tesoros de bienes, que Dios les da: y así peleando contra la carne y el demonio, y perdiendo ellos la victoria, gana el alma grandes coronas de gloria.

Pasa el juego adelante, y es que siendo el alma perseguida con falsos testimonios tan duros de sufrir, perdiendo gana: porque como ella se ve tan llena de trabajos y con tan alto ejercicio, humíllase tanto delante de su Dios pidiéndole su favor, para que gane en este juego como en los pasados. Y lo que hace es que se va a su Dios, conociendo por aquí con luz que Dios la da y ayuda grande, que Dios es "el que es" y ella "la que no es", para desconfiar del todo de sí, y confiando en su Dios, que jugará y ganará por ella. Y con esta enseñanza y favor, ella, para que el Señor haga su negocio como propio, se enajena toda de sí y se entregará a su Dios; y juega el alma en este punto con Dios, y Dios con ella, y entre ambos ganan: Dios gana al alma, y el alma gana a su Dios.

Es tan alto este juego entre Dios y el alma, y tan espiritual, que el alma echa el resto en él y Dios también el suyo, y todo de amor: y así es juego de amor. Y viene a tanto, que Dios gana el resto al alma, porque el resto del alma es ella misma; y ella gana, perdiendo, no perdiendo; y así ya no es suya sino de Dios. Y así perdiéndose a sí misma, es a saber, no siendo ya suya, sino de Dios, Dios ganó el resto al alma, que es ella misma, en este juego de los trabajos; y el alma perdiendo, es a saber, entregándose a su Dios y por suya, ganó el resto en este juego a su Dios, el cual resto es el mismo Dios. Porque así como el alma se dio toda a su Dios por ganar, Dios para mayor ganancia del alma se dio a sí mismo al alma, porque ganó el alma el resto a su Dios, que es a sí mismo, el cual se da a los suyos que de verdad le aman y sirven. *Ego ero merces tua* ¹, dijo Dios a Abraham. Y así el alma echó el resto en darse toda a su Dios, y Dios en darse todo, de amor de los dos, al alma. *Dilectus meus mihi, et ego illi* ².

¡Oh juego bendito, donde con tan alto ejercicio el alma viene con la gran gracia de Dios, que para ello la da, a alcanzar gran perfección y santidad ganada con duros y grandes trabajos padecidos el alma por su Dios. No dirá Dios a estas tales almas, como a las regaladas: *Vae vobis divitibus, qui habetis consolationes vestras* ³; no las dirá *Recepistis mercedem vestram*; sino *Venite, benedicti Patris mei* ⁴, daros he el premio que os tengo aparejado de vuestros trabajos.

Dira alguno, que es camino muy seco. A esto se responde que Cristo Nuestro Señor para sí solo escogió cruz y sin regalo alguno. De condición que su vida toda fué cruz muy grande; pero a su siervos ya los visita este Señor, y a la medida de los

¹ Gen. XV. 1.

² Cant. II, 16.

³ Luc. VI, 24.

⁴ Matth. XXV, 34.

trabajos que padecen por su Dios, da acá los consuelos; y a la medida de los trabajos da la gracia; a la medida de los trabajos da la luz celestial; a la medida de los trabajos viene la comunicación de Dios al alma y la santidad, el descubrirla Dios parte de sus secretos, por ser probados por el mismo Dios y haberlos hallado fieles siervos suyos; y a la medida de los trabajos que padecen por Dios, les da el Señor la corona en el cielo y otros grandes regalos que Dios usa con ellos; porque esos merecen más mercedes, y a esos se las hacen, que padecen más: y son tan grandes los regalos que Dios hace a los que lleva por este camino, que no se podrán creer ni del todo saber por la grandeza de ellos.

Acuérdome yo de una persona, que Dios la llevaba por este camino de trabajos, que eran tan grandes, cuales, de la materia que eran, creo de los mayores que en esta vida se han pasado ni pasaran. Para lo cual sentía asistir Dios Nuestro Señor favoreciéndole y guardándole; pero el padecer fué tan grande, que a pasar algo más adelante la licencia de Dios, se acabara la vida. Pero como este nuestro gran Señor nos ama tanto, no nos lo da todo puro y sin consuelo y sin favor interior para la victoria, aunque secreto: porque después de pasada la borrasca, era muchísimas veces tan altamente consolado de Dios, que el vaso de su alma ni el del cuerpo no podían sufrir la grandeza del consuelo con que era visitado, y le era forzado de clamar a su Dios interiormente, rogándole con fervorosa oración y ansias vehementes que se desviase un poco, porque la parecía que se moría de amor y consolación; y así hablaba con su Dios y le decía estas palabras: "Señor: déjame, que me muero." Y así era oída del Señor, ausentando el regalo: lo cual le parecía que si el Señor no se ausentara luego, como lo hacía siempre, ella muriera de consuelo y de amor.

De condición que quien mucho padece por Dios, señal es que mucho ama a su Dios, y que esta es la prueba del amor, y que a

estos tales hace Dios grandes favores, y les dirá: *Omnia mea tua sunt* Pues ¿qué más puede Dios hacer con el alma que padece grandes cruces por su Dios, que decirle: *Omnia mea tua sunt*? Pues, si esto tiene, ¿qué le falta? Nada por cierto. En esto está el regalo, en esto está el consuelo, en esto todo mi bien, en esto están todos los bienes juntos, en esto está mi perfección, en esto está la imitación del Hijo de Dios, en esto está el ser bienaventurado en el suelo y en el cielo; a estos tales honra Dios en el cielo y en el suelo, estos son los más amados de Dios y más estimados de él, pues que el Señor los ha hecho tan ricos, que diga de ellos: *Omnia mea tua sunt* ; estos son los verdaderos sabios; pues que perdiendo ganan, negándose a sí mismos, y negando las leyes del mundo siguen al Hijo de Dios tomando sus cruces, negando las leyes del mundo y abrazándose con las de Dios; estos son los verdaderos sabios: que los otros, que se abrazan con las leyes del mundo, no saben nada, pues por este camino se pierden no se venciendo, haciendo sus voluntades y buscando sus regalos.

Bien nos lo declaró esto el Padre Eterno con su Hijo, cómo honra a sus siervos, que suelen ser tan perseguidos de los que procuran enterrar sus nombres, y que en el mundo no haya memoria de ellos: porque por el mismo camino que ellos los deshonoran, los honra Dios: como lo hizo con José, que procurando sus hermanos de destruirle y enterrar su nombre para siempre con grande menosprecio, deshonorándole y abajándole, por allí le levantó Dios tanto en Egipto, haciéndole el rey tan gran señor: y por donde ellos huían de que no se cumpliese la voluntad de Dios, por allí al pie de la letra se vino a cumplir, sucediendo lo que él les había dicho de las doce estrellas.

Pues viniendo a nuestro propósito de cómo Dios honra y levanta a los que padecen por él imitando a su Hijo, y cómo estas cosas nos declaró el Padre Eterno en su santísimo Hijo es que como los desventurados judíos quisieren deshacer y enterrar

el hombre de Jesucristo con menosprecios y deshonras, y que no se dijese que era Hijo de Dios, y con grandes tormentos que le daban, y diciendo mil blasfemias de él, y persiguiéndole con tantos trabajos, no parando hasta darle la muerte y tan deshonrosa, pensando con ella que ya no hubiera más memoria de él en el mundo; por allí su santo Padre le levantó y honró por todo el mundo: otro dice: *Vere filius Dei erat iste* ¹ resucítanse los muertos, danse las piedras unas con otras de sentimiento, rómpese por medio el velo del templo: todo esto honrando el Padre a su Hijo en la tierra.

Pues ¿quién sabrá decir la honra tan grande, que le hizo después de haber padecido y resucitado, en el cielo, como fué poniéndole en la gloria a su diestra, honrándole como a verdadero y natural Hijo suyo? ¡Qué fiestas, y qué grandes serían allá las honras y fiestas y alegrías y regocijos con que le recibirían, y le harías como a su Señor! ¡ Qué regocijos y músicas tan grandes habría entonces con la venida de su Señor! Aquí se agotan los entendimientos, según la grandeza de la honra y fiestas con que este Señor fue recibido y honrado.

A este Señor hemos de seguir e imitar para salir de este mundo con victoria de todos nuestros enemigos y alcanzar el reino del cielo, porque *Regnum coelorum vim patitur, et violenti rapint illud* ²; que no los regalados y perezosos y cobardes y que se quieren bien, sino los que se persigen varonilmente. Estos son los valientes y esforzados que se vencen a sí mismos con su gran mortificación; estos tales andan en este mundo como muertos, teniendo ya mortificados todos sus quereres y aficiones desordenadas, y todos sus no quereres y repugnancias, y así en nada se buscan, como el muerto, que nada desea. Nada busca el mortificado sino a su Dios; y así todas las cosas -

¹ Matth. XXVII, 54.

² Matth. XI, 12.

que en esta vida le vengan, le vienen bien y de todo saca fruto; - porque no tiene otro deseo ni afición en su corazón sino a su Dios y según Dios: y así su morada es vivir en Dios, por haber ya muerto a sí mismo y a todas las cosas de este mundo, ahora tenga, ahora no tenga, ahora le den, ahora no se lo den y le quiten lo que le han dado; ahora le sucedan las cosas ásperamente y contrarias; ahora le traten con aspereza, ahora con suavidad; ahora le deshonren, ahora le honren; ahora le muestren buena cara, ahora mala; ahora viva, ahora muera. De todo saca fruto, y en el sentir está como un muerto, por haber desterrado de sí el amor propio, y haber aposentado en su corazón a Dios. Este tal tan bien mortificado es el más rico de esta vida, y después lo será de la otra: *Opera illorum sequuntur illos* ¹. Este es el más libre de vicios y pasiones: este es el más poderoso para bien y perfectamente obrar y contentar a Dios con sus heroicas virtudes ganadas con pelea y la gracia de Dios, buscando con ellas en todo la honra y gloria de Dios.

¹ Apoc. XIV, 13

INDICE

I. Declaraciones de las peticiones del Pater Noster	3
Capítulo I Que Dios Nuestro Señor es padre nuestro. 'Pater noster, qui es in coelis'	3
Capítulo II Ponderación del gran valor de la oración, y de cómo Dios gusta que vamos a él a negociar nuestras cosas, como hijos con su padre, con toda humildad	5
Capítulo III De cómo en todo lugar y en todo tiempo y siempre hemos de alabar y bendecir a Dios como a padre y Señor, a quién tanta obligación tenemos. "Sanctificetur nomen tuum"	11
Capítulo IV Declaración de la petición que dice "Adveniat regnum tuum", y del primer reino y paraíso que el alma ha de pedir a Dios	14
Capítulo V Del primer medio para alcanzar la gracia de Dios	21
Capítulo VI De cómo al paso que anda el amor y crece en el alma, a ese mismo paso anda la contrición, y crece el alma en ella, y en la gracia de Dios	24
Capítulo VII De cómo el cautiverio de los hijos de Israel en poder del Faraón, es figura del alma que está cautiva por el pecado mortal, en poder del demonio	26
Capítulo VIII De otros dos medios para alcanzar la gracia de Dios y perseverar en ella	28
Capítulo IX Del segundo reino y paraíso que ha de pedir el alma a su Dios	32
Capítulo X De algunos medios para alcanzar este segundo reino y paraíso	37
Capítulo XI Del tercer reino y paraíso que ha de pedir el alma a su Dios	40
Capítulo XII De algunas maneras como se halla el alma con su Dios en este reino, comunicándosele Dios altamente	42
Capítulo XIII De tres medios para alcanzar lo dicho	47
Capítulo XIV De cinco maneras de oración para tratar con Dios, para alcanzar el hombre lo que ha de menester para gloria suya y bien del alma	49

Capítulo XV De otros seis medios para alcanzar el tercer reino y paraíso.....	53
Capítulo XVI Del cuarto reino y paraíso del alma.....	58
Capítulo XVII De la tercera petición "Fiat voluntas tua"	64
Capítulo XVIII De algunos medios con los cuales cumplidos, el hombre hace la voluntad de Dios	69
Capítulo XIX De cómo el religioso verdadero en obedecer a su Superior hace la voluntad de Dios	74
Capítulo XX De la grandeza y valor de esta santa obediencia ciega	79
Capítulo XXI De la cuarta petición "Panem nostrum quotidianum da nobis hodie"	82
Capítulo XXII De la quinta petición "Dimitte nobis debita nostra"	88
Capítulo XXIII De la sexta petición "Et ne nos inducas in tentationem" ..	92
Capítulo XXIV De la última petición "Sed libera nos a malo. Amén"	95
 II. De la unión y transformación del alma en Cristo	97
 Capítulo I Que trata de la unión primera y segunda del alma con Dios	97
Capítulo II Los medios por do se viene a alcanzar esta perfecta caridad son los que siguen	103
Capítulo III De tres puntos de mortificación en los cuales parece que se encierra toda la mortificación para alcanzar el amor de Dios ya dicho	109
Capítulo IV De tres grados de perfección del cumplimiento de la voluntad divina los cuales obra en el alma la caridad de Dios	117
Capítulo V En que se pone el ejercicio para alcanzar la perfección de estos tres puntos	120
Capítulo VI De la unión, contemplación y transformación del alma en Cristo Nuestro Señor	131
Capítulo VII De cómo el alma habita por gran contemplación en el Corazón de Cristo, y él la mete, de amor grande que la tiene dentro	133
Capítulo VIII De cuatro puntos de gran valor, que el alma puede considerar para venir con ellos a alcanzar la alta contemplación en cualquier misterio de la Pasión de Cristo Nuestro Señor	136
Capítulo IX Del fruto que se saca de ese árbol y vergel divino de la vida, y pasión e imitación del Hijo de Dios	140
Capítulo X Prosecución de la gran dicha que es el padecer por amor de Dios	143
Capítulo XI Prosecución de los dichosos trabajos	145

Capítulo XII De cómo nos hemos de aborrecer	147
Capítulo XIII De algunos medios para que se determjne el alma a tomar lo amargo por dulce y lo dulce por amargo	149
Capítulo XIV De un ejercicio espiritual	156
Capítulo XV De algunos efectos de esta gran virtud de la caridad.....	160
Capítulo XVI De la grande hermosura con que Dios hermosea el alma por este camino.....	163
Capítulo XVII De algunas consideraciones para que el alma alcance gran conocimiento de sí, y con él la santa humildad de corazón	166
Capítulo XXVIII Ejercicio del alma humilde	173
Capítulo XIX De cómo el alma ha de alcanzar el conocimiento ver- dadero de sí por medio de la oración, pidiéndolo a su Dios	175
Capítulo XX De como Dios a sus siervos los humilla mucho por el camino de los trabajos.....	178
Capítulo XXI De la humildad de corazón, y cómo se ha de alcanzar a fuerza de armas, venciéndose el alma con la gracia de Dios	180
Capítulo XXII Comparaciones de cuánto importa trabajar para al- canzar la humildad y todas las virtudes, y este trabajar es el mortificarse el alma.....	184
Capítulo XXIII De algunos efectos de esta santa humildad	186
Capítulo XXIV De la comparción de un señor con un esclavo	186
III. De tres cosas con las cuales Dios Nuestro Señor halla muy dispuesta el alma para que venga sobre ella el Espíritu Santo a comu- nicarla de sus dones y riquezas	192
IV. Ejercicio de ángeles a los cuales han de imitar en la tierra a los hombres que desean ser muy devotos de la Madre de Dios	203
V. Del gran conocimiento que los ángeles de Dios y de sí mismos.....	207
VI. Tratadito para los sacerdotes que dicen misa.....	210
VII. Juegos de Dios con el alma	211